

lidad y el vigor incontrastables que tanto necesita, para que pueda así, teniéndoos siempre á Vos por caudillo, poner un día, muy alto ante el mundo, el nombre de la patria, y franquear después, abiertas por vuestra propia mano, las puertas de otra patria mejor, la de nuestro Padre que está en los cielos.—*Fiat, Fiat.*

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

QUE PREDICO EL 14 DE DICIEMBRE DE 1856
EN EL SANTUARIO DE GUADALUPE DE GUADALAJARA
EL SEÑOR CURA DEL SACRARIO

LIC. DON JESUS ORTIZ

*Et apertum est templum Dei in celo,
et visa est Arca testamenti ejus in tem-
plo ejus.*

Entonces se abrió el templo de Dios en el cielo, y el arca de la alianza fué vista en su templo.

Apoc., cap. XI, v. 19.

Hay en la vida de los pueblos épocas en que se siente más que nunca la necesidad de contar con el pasado, especie de profeta del género humano, que derrama luz sobre el presente y sobre el porvenir, que descubre las relaciones íntimas y misteriosas de todas las generaciones; y que señala con exactitud el origen de donde vienen y el fin único y central á donde todas van.

México tiene precisión hoy de escuchar el Evangelio; de percibir claramente las pulsaciones y tendencias del gran corazón de la humanidad; de hacer, por decirlo así, un exámen de conciencia nacional; y de seguir fielmente

el recto itinerario que, para su progreso, le ha trazado la Divina Providencia. Porque si hay una verdad en el mundo, es sin duda la de que el mundo ha de estar siempre bajo la mano de Dios que lo crió: y que no ha dejado sin luces y buenos movimientos la inteligencia y el corazón del individuo, de la familia y de la sociedad. Aquel que ha dictado leyes tan constantes y armoniosas á la materia, para formar de ella un himno santo de adoración.

Yo, señores, contemplando que hoy celebramos el aniversario del día en que se comenzó á desarrollar más eficazmente por todo el país nuestra civilización moral, he creído oportuno venir á señalar esas luces y esos movimientos, luces tan intelectuales como la verdad, movimientos tan sensibles como la fraternidad que, obrando simultáneamente, forman el carácter evangélico que solo es propio de la Iglesia católica, y el único en que deben poner su confianza las naciones para alcanzar unión, paz y prosperidad.

En efecto: adorar á Dios con el culto que El quiere, y amar á los hombres como á nosotros mismos, es constituir una sublime y universal unidad; es proclamar el reino de Cristo y de su justicia; es hacer su voluntad así en la tierra como en el cielo; y es, en fin, lograr la solución práctica y más feliz del principio moral.

En él están contenidas estas dos ideas, fe y caridad: fe, la idea que ilustra el entendimiento y es la sustancia de las cosas que se han de esperar y el argumento de las que no aparecen; caridad, la idea que ensancha el corazón por las inspiraciones del Espíritu Santo y es un tesoro de gracias que justifican, de méritos que enriquecen, y de virtudes que perfeccionan. Si no fueran unos dones sobrenaturales, podría decirse que aquella es un telescopio para descubrir las cosas infinitamente grandes, y ésta un microscopio para observar las cosas infinitamente pequeñas. Mas no, yo no comparo la ciencia de Dios con los débiles instrumentos de los hombres, yo tomo en su más exacta acepción estas palabras adorables, fe y cari-

dad: virtudes sublimes que, hace más de diez y ocho siglos, encierran en sí solas la regeneración del mundo, y aseguro que por la primera se consiguen las delicias de la gloria, y que con la segunda se enjugaron las lágrimas de la humanidad. Así es como la religión está en la conciencia y en las costumbres; porque la caridad ejecuta lo que prescribe la fe, y ambas forman un vínculo de pensamiento y amor.

En el primer tercio del siglo XVI, merced al sacerdocio católico y, sobre todo, por una gracia especial del cielo, despertó la conciencia y se mejoraron las costumbres de los mexicanos; digo que por un favor especial, porque quien hizo germinar el cristianismo en nuestro suelo, y quien lo ha hecho florecer, es más que un apóstol, es la Madre del amor hermoso y de la santa esperanza, es la Virgen concebida sin mancha que, cual prodigiosa estrella, se desprendió de lo alto para iluminarnos y que, con circunstancias íntimas y maravillosas, habló confidencialmente á un humilde hijo de Cuautitlán. Su voz tierna y profética como los secretos del otro mundo, fué la expresión terminante de su voluntad en favor del culto católico y un deseo misericordioso de que todos nos veamos como hermanos. Es invocada con todos los nombres de la Madre de Dios, pero por un sentimiento nacional y por confianza en su promesa, la llamamos Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de los mexicanos.

Sepa, pues, la posteridad, que esa aparición fué una apología del catolicismo, una protesta contra la reforma y un beneficio especial concedido á la nación para revelarnos los designios de Dios que nos ha ofrecido, en un hecho de proporciones tan sublimes, los medios más eficaces para conservar la fe y cultivar la caridad. ¿Cuáles son éstos? el templo cristiano, ahí está nuestro asilo, no nos apartemos de él: Nuestra Madre de Guadalupe, ahí está nuestro consuelo, agrupémonos en torno suyo, y en la Iglesia y por María conseguiremos unión en la tierra y felicidad en el cielo.

Este fué, señores, el doble espíritu de luz y de amor, con que esa divina Señora saludó personalmente el nuevo hemisferio y bendijo á los hijos de este país, dejándonos su Imágen como una figura desprendida del Calvario para orar por nosotros sobre la montaña del Tepeyacac y hacernos recordar siempre las consoladoras palabras que pronunció el Redentor poco antes de morir, con la más tierna efusion de su amor paternal: Ahí tenéis á vuestra Madre.

Yo he demostrado otra vez allá en el púlpito de mi parroquia su divina apaticion, visible al espíritu y al corazón del hombre religioso, firme y segura á la prueba de los ataques de la incredulidad y á los aridos de la ingratitude. Hoy vengo á su Santuario, no á discutir sobre el milagro, sino á confesar, con un sentimiento de gozo y de esperanza, que sus palabras, al pedirnos un templo, son la mejor guia para las generaciones en marcha: y su Imágen, prenda de amor maternal, el más dulce aliciente de fraternidad entre nosotros. Hé aquí dos estrictas verdades que van á formar el asunto de este discurso; fundada la primera en el dogma, que es la ciencia de Dios considerado como nuestro primer principio, y la segunda en la moral, que es la ciencia de Dios considerado como nuestro último fin.

Desde luego confieso que no tengo fuerzas suficientes para desarrollar estas ideas en toda su altura y en toda su extension, y aun para explicarlas superficialmente, como lo voy á hacer, necesito una de tus miradas oh Marial cuyos ojos son tan propicios á nuestro ministerio y cuyos ruegos son tan atendidos por el Espíritu Santo. No me abandones, Señora, en mi debilidad, intercede por mí y alcánzame la luz del cielo.

En los grandes acontecimientos que mudan la faz de los siglos y hacen marchar por nuevas vías á las sociedades, se halla un caudal de observaciones que, bien dirigidas y aprovechadas, descubren con claridad la accion justa y providencial de Dios, que castiga severamente los

crímenes de aquellas, para purificarlas y darles los medios más conducentes á su verdadera felicidad. Por manera, que cuando se habla de un hecho histórico nacional, no se ha de ver en él un simple resultado de la materia ó de la casualidad, sino que se han de buscar en esferas más elevadas sus causas eficientes, sus reglas fijas, sus señales infalibles de un principio eterno y de una consecuencia moral, que tienen por objeto corregir é ilustrar á la humanidad. Cristóbal Colon, acompañado del joven las Casas, descubria un mundo poco despues de haber nacido Lutero que, en union de sus discípulos, iba á hacer pedazos otro. Hé aquí dos hechos, cuyo estudio puede servir sobremanera para subir escalon por escalon hasta las profecías, hasta el trono del Altísimo, y ver bajar de allí penas para una nacion y consuelos para otra.

Porque no nos engañemos; la Iglesia católica, semejante al águila de las Santas Escrituras, se renueva sin cesar en su inmortal juventud: pasa su doctrina de un lugar á otro, tan luego como, por descuido ó por capricho, se apartan los pueblos de su voluntad y de su fe, pues la caña misteriosa del Apocalipsis ha medido el templo y el altar, ha contado los adoradores de Dios, ha puesto en el atrio exterior á los enemigos de Cristo, y ha señalado los países sobre los que ha de descender la gracia y la uncion del Espíritu Santo. Tal es, no cabe duda, el rastro de luz que se descubre cuando se examina el origen de la religion en México.

¿Y la conquista? ¡Ah, señores! ella encierra tambien, á mi juicio, dos graves lecciones igualmente provechosas; recordad aquellos dos elementos que movieron á los mexicanos: uno con las dulzuras de la paz, el otro con sus rayos de terror; aquel ganando las almas por las ideas, éste venciendo los cuerpos por medio de la espada; los embajadores de Cristo enseñando el Evangelio, y los soldados de un rey destruyendo un imperio. Recordad todo esto y descubriréis los beneficios dispensados á la na-

ción por el sacerdocio católico y el castigo impuesto por Dios á los Aztecas que oprimían al pueblo mexicano y sólo gobernaban con el terrorismo. Porque, señores, Dios, que es la eterna bondad, no puede permitir la eterna injusticia, y el es El que dice á los tiranos que la ejercen: no pasaréis adelante.

Y para este triunfo de la religion, para este término de la idolatría, ¿qué ha bastado?

Una de tus promesas ¡oh Jesus!

Una de tus visitas ¡oh María!

¿Por qué, quien otro que Jesucristo Hijo de Dios vivo habria osado prometer que, despues de su muerte en el Calvario, todos los pueblos vendrian á El y creerian en su santo nombre? Y ¿quién otra que la Madre de la divina gracia habria logrado convertir tan rápidamente á los antiguos pobladores de nuestra patria? ¡Ah! no hay duda, por Maria hemos tenido la dicha de conocer á Jesus; porque entónces se abrió el templo de Dios en el cielo, y el arca de la alianza fué vista en su templo.

Efectivamente un día, hace ya de esto trescientos veinticinco años, desde la falda de Tepeyacac oyó un mexicano suaves músicas y dulces cánticos, y no eran más que reflejos consoladores y ecos armoniosos de los conciertos del cielo; porque descendía la más pura de las vírgenes, de pié sobre las alas de un ángel, eclipsando con la hermosura de su cuerpo el centro del sol y haciendo sus tributarias á la luna y á las estrellas. Era que venía á destruir la creencia voluptuosa de Teotenantzin, madre de fingidos dioses, adorada antes en aquella montaña. Era que venía á alumbrar á todo el pueblo mexicano que habitaba todavía en las sombras de la muerte. Y era, en fin, que venía á establecer y perpetuar por sí misma la unidad católica en nuestro país.

¡Cuán cierto es, señores, que los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, ni los medios de que su Majestad se vale son semejantes á los nuestros! No fué en Jerusalem sino en el portal de Belen donde Jesucristo qui-

so nacer; ni fué en México sino en el remate de los cerros que están al Norte de la Capital, donde Maria con su aparición dejó dulces y piadosos recuerdos. No fueron los poderosos de Grecia, sino los humildes pescadores de Galilea los encargados de anunciar á los pueblos la voluntad del Redentor, ni fué alguno de los conquistadores de nuestro continente, sino Juan Diego, uno de los *mazehuales*, es decir, de los destinados al servicio de los mismos indios, quien recibió la visita de la Santísima Virgen y fué comisionado para llevar tan buena nueva al palacio del Arzobispo. Esta conducta providencial confundió nuestro orgullo y hace sensible el poder divino.

No hay, pues, por qué admirarnos de que un hombre infeliz en la apariencia, haya sido en realidad el dichoso, privilegiado y escogido por Maria para descubrir á los mexicanos sus deseos de un templo en aquel lugar y su promesa especial de mostrarse allí tierna Madre para todos.

Pues bien, ese hombre despreciable por su aspecto fué al principio objeto de críticas y desaires, y despues de curiosidad y de admiración entre las personas de su tiempo. El Sr. Zamárraga, manifestándose más bien amable que convencido y satisfecho, pues era de un carácter sólido y de un criterio verdaderamente filosófico, lo despidió cariñosamente hasta por dos veces. Los familiares, por su parte, deliberaron sobre el informe y pretensiones del indígena, y, como siempre acontece, fueron varios y discordes los pareceres. Opinaban unos que era un crédulo; suponían otros que era un supersticioso; era, sin embargo, el inocente y querido apóstol de Maria.

Así es que poco despues de estos juicios y de estas divagaciones de palabras, y despues de haberse retirado avergonzado y malcontento, volvió con semblante sereno, en el que se reflejaban el gozo de su alma y la firmeza de su fe, y semejante á Moisés que descendía del Sinai trayendo las tablas de la ley, él llevaba las señas de las órdenes dictadas por Maria, y acercándose al Obispo, le

dijo, al desdoblarse la tilma. Sobre tan inmenso acontecimiento se necesitaba una prueba inmensa, aquí la tenéis, señor: mirad rosas frescas en el rigor del invierno, y mirad también á la que ha prometido ser Madre de los mexicanos.

¿Qué sucedió entonces? ¡Ah, señores! ver las flores y la Imágen estampada en el ayatl, postrarse los circunstantes y derramar lágrimas de adoracion y de gratitud, todo fué uno. Un rayo que hubiera caído cerca de ellos, no los habria sorprendido tanto: ni hablar podian, ni respirar siquiera; únicamente sentían circundado el corazon de júbilo, cual si la Santísima Virgen los estrechaba entre sus brazos. Un éxtasis celestial elevaba aquellas almas, un silencio profundo reinaba en aquella habitacion, y ese silencio estático, ¡oh Maria! es el más bello himno que se os ha cantado en México. Habia ciertamente en aquella maravillosa Aparicion, de sobra con que absorber y extasiar toda la actividad, admiracion y entusiasmo de la concurrencia; porque los que sienten de un modo sublime y sin fuerzas naturales, pueden absorber en sí mismos la vida y reconcentrar en el corazon las impresiones, como guardan la luz las superficies que aparecen sin color.

Concluida aquella sublime oracion, y habiéndose divulgado cuáles eran las credenciales que habia mandado la Madre de Dios, fué de necesidad trasladar la santa Imágen á la iglesia Catedral, para que fuese vista con facilidad y adorada públicamente. Todos los habitantes de México, sin que nadie faltara, se fueron acercando sucesivamente y recogidos en su entendimiento, en su criterio, en su observacion y religiosidad, tocaban la tilma, veían la pintura y la encontraban, cual es en sí, hermosa como la luna y escogida como el sol.

Después salian de allí con cierta ansiedad, y su animacion era grande, viva, ardiente para construir cuanto antes el templo de Tepeyacac. Y así como fué fácil de comprenderse la voluntad de Maria, fué también fácil de

realizarse la obligacion de los mexicanos; pues á los dos años quince días cantó misa pontifical en él el Illmo. Sr. D. Juan de Zumárraga. Mas pareciendo pequeña esa iglesia al cabildo metropolitano, le dió, á sus expensas, mayor amplitud el año de 1600.

No obstante, como la idea del reconocimiento es relativa á los beneficios que se reciben, y como los mexicanos eran favorecidos diariamente por Nuestra Señora de Guadalupe, edificaron un segundo templo que bendijo y dedicó á los veintidos años el Illmo. Sr. Arzobispo D. Juan de la Cerna.

El exámen de aquellos deseos y esfuerzos piadosos para mejorar el Santuario, revela la conviccion profunda de nuestros padres de que debian acatar cumplidamente una voluntad superior. Por esto es que, en 1695, trasladaron la santa Imágen á otra iglesia que hicieron provisionalmente, para comenzar á construir el cuarto y más suntuoso templo en que hasta ahora se venera la inmaculada Virgen de Tepeyacac. La colocacion de la Imágen en su tabernáculo fué el 30 de Abril de 1709.

Y como basta ser sensibles para tener gratitud, también las señoras quisieron cooperar al mayor culto de la Reina de las Vírgenes, pidiendo limosnas para fundar en aquella villa un convento de Capuchinas al que, por disposicion de su principal protector el Sr. Arzobispo D. Alonso Nuñez de Haro y Peralta, se dió el título de Nuestra Señora de Guadalupe, y cuyas fundadoras entraron el día 15 de Octubre de 1787, poniendo para siempre el amor de Dios entre ellas y el mundo.

Estos fueron los monumentos de honor, los testimonios de reconocimiento y las demostraciones de obediencia que se hicieron á Maria delante de su bella Imágen, en el mismo lugar de su predileccion, y en la época en que la reforma, penetrada del espíritu de su fundador, se declaró no solo enemiga del culto, sino también de las artes, destruyendo las iglesias; arruinando las estatuas y pinturas, como odiosos objetos de idolatria; y haciendo

desaparecer los tiernos sentimientos que inspiran el canto, la música y la poesía. No hay duda, el protestantismo está marcado con una especie de sello siniestro, pues á pesar de su pujanza por más de tres siglos en Inglaterra, Alemania y América, nada ha producido que sea útil á la Religión. Y cuidado que, al decir que nada ha producido, quizá anduve escaso; porque no ha hecho más que ruinas, en medio de las cuales ha plantado algunos jardines ó establecido algunas máquinas. Hé aquí reducida á pocas palabras la esencia de esa religion que destruyó el culto verdadero, con la ruina de los templos y con haber separado el sacerdocio de la obediencia del Pontífice, único canal de la fe que puede garantizar la integridad de nuestros dogmas; porque allí es sólo donde está la legítima genealogía del catolicismo, desde donde se puede subir hasta Jesucristo, hasta los patriarcas y hasta los primeros adoradores de Dios en el paraíso.

Es menester no perder nunca de vista estas verdades, para conocer todo el beneficio que dispensó á México la Divina Providencia con la venida de sacerdotes católicos en el siglo XVI. Ellos fueron nuestros padres en la iglesia y nos enseñaron que sólo el Altísimo posee el ser y puede darlo: que El solo es infinitamente perfecto y el único que puede conceder la gracia á sus criaturas; pero por más santas que éstas sean, jamás podrán igualarse á la esencia infinita ni merecer el mismo culto, pues toda la gloria de ellas la referimos al Criador que ha sacado de la nada cosas tan perfectas y sublimes. Advirtiendo, sin embargo, que la Virgen Santa que se llamó á sí misma esclava del Señor y los demás servidores de su Majestad son muy dignos de que les hagamos los honores de nuestra alma y de nuestro cuerpo, honores que forman una parte del culto que debemos á Dios por ser admirable en sus santos y que debemos singularizar en María, por haber sido concebida en gracia y llegado á ser Madre del Redentor.

Ella, señores, fué también nuestra Madre en la fe y

confirmó la doctrina católica, pidiendo un templo y dejándonos su Imágen para que, en presencia de ella, le rindiéramos nuestros homenajes y nos excitáramos á adorar á Dios y á practicar los ejercicios de piedad. Porque el verdadero efecto de una imágen no es hacernos creer que en ella está la virtud y la persona, sino elevar nuestro espíritu al original para ofrecerle nuestra admiración y amor, así como no creemos que, al leer un libro, los tipos y los renglones causen la conmoción, sino el asunto que ellos recuerdan á nuestra alma, excitando los sentidos y produciendo ideas elevadas.

Esta no es la idolatría reprobada por Dios cuando dijo á Moisés no tendrás dioses extraños, estátuas ni imágenes; porque en esas palabras del Exodo sólo se quiso impedir adorar á la materia en sí y como fin último, tendencia que desgraciadamente había en aquel pueblo débil. Y la prueba de que no fué una prohibición absoluta, como aseguran los protestantes, es que el mismo Dios mandó colocar sobre el propiciatorio dos serafines de oro y levantar en una cruz la serpiente de metal. No; el catolicismo, lo repito, nos exige la adoración pura de Dios, como único ser necesario; nos enseña que la criatura nada tiene de venerable que no le venga del Criador; que si ella debe ser honrada es por reconocimiento á las gracias que le ha concedido su Majestad; y que si se levantan templos á una imágen, la Iglesia previene y protesta que, por medio del recuerdo que ella excita, pasa nuestro amor al original que representa, y finalmente, á Dios que es el principio de todas las cosas.

Positivamente: nuestro culto es la llama del corazón que se eleva recta y pura hasta el cielo; y esta es doctrina que sabe aun el pequeño niño de nuestras escuelas, á quien si le damos la palabra y le preguntamos: ¿quién es nuestra Señora la Virgen María? responderá con el perfecto buen sentido que le han enseñado sus padres y maestros: es una Señora llena de virtudes, Madre de Dios y Reina de los ángeles. Si le replicamos para saber si es

422

tá manchada su inocencia con los bajos sentimientos de la idolatría, preguntándole de nuevo: ¿y la que está en el altar quién es? él responderá con exactitud: es una semejanza de la que está en el cielo, para que nos acordemos de ella, y por ser su imagen le hagamos reverencia.

Una vez hecha esta explicación, ya se entiende fácilmente que al pedir María de Guadalupe un templo y al dejarnos su imagen, quiso que adoráramos á Dios, no sólo levantándole un altar en el santuario de nuestros pensamientos, sino ofreciéndole también nuestros actos exteriores y públicos, ennoblecidos por las ceremonias y ritos que ha establecido la Iglesia, como lenguaje práctico de su fe, y santificados por esos signos sensibles que se llaman Sacramentos y que fueron instituidos por Nuestro Señor Jesucristo para darnos las secretas efusiones de su misericordia; porque si El se unió á nuestra naturaleza fué sin duda para entrar en sociedad con nosotros.

Haré notar también, señores, que si hay en el templo armonía perfecta entre los misterios de la religión y las necesidades humanas; que si dentro de él hay una cosa más bella que todo lo criado: la presencia de Dios, una cosa más esencial al hombre que el pan de la tierra: el cuerpo del Redentor, una cosa más necesaria para el alma que la luz para los ojos: la fe, una cosa más consoladora que todas las promesas de felicidad temporal: la esperanza, y una cosa más dulce que todos los sentimientos del corazón: la caridad, si aquí hay todo esto, repito, también de aquí sale fortificado el vínculo que debe haber entre las obligaciones del hombre cristiano y las obligaciones del hombre social; porque aquí se excita el respeto á las autoridades, el amor á nuestros enemigos, las santas emociones y las simpatías fraternales.

Ni podía ser de otra manera; porque si el hombre ha sido criado para amar y servir á Dios sobre la tierra, la sociedad donde él ha de cumplir su destino ¿no será favorecida con los cuidados especiales de su Providencia, ni tendrá deberes hácia su Majestad? Si Ella ha expues-

423

to espléndidamente su ley bajo los ojos del alma de cada individuo, ¿la fuerza colectiva de los hombres no ha de tener un móvil y una clara luz para dirigirse y caminar á la perfección? Sí, señores, vela sobre los pueblos la Divina Providencia, y en medio de ellos brilla el centro de la revelación. ¿Queréis descubrirlo? Remontad humildemente vuestro entendimiento á la Verdad Suprema, y deducireis de ella que el templo es en la sociedad lo que la conciencia en el individuo; porque si ésta es el órgano de Dios en el fondo de nuestras almas, aquel es el tabernáculo del Señor en el centro de los pueblos; si ésta se halla siempre en guardia contra la fiebre encantadora de las pasiones, aquel presenta diariamente el Evangelio contra las formas fugitivas del error, que pasan á su vista con toda su pompa y con toda su vanidad; si los remordimientos de ésta son incisivos como un dardo y formidables como un trueno de la justicia eterna, las palabras de aquel, ora son lúgubres lamentaciones, sollozos de dolor que conmueven lo más hondo del alma, ora terribles vaticinios semejantes á los del profeta con la ciudad prevaricadora; y si ésta cuando es obedecida produce una paz inefable superior á todo sentido, aquel, cuando es respetado, civiliza las naciones y las eleva á la mayor dignidad de su destino.

Esta obediencia á la voz interior y este respeto á la voz salida del templo, constituyen uno de los objetos de la aparición de María; mas como *sobre el mundo de los espíritus*, según dice San Agustín, *está el mundo de los corazones*, queda por probar el objeto más tierno de ella, á saber: que en aquellas palabras cuya autenticidad confirmó dejándonos su propia Imagen, se halla el más eficaz atractivo para unir á los mexicanos. Sí, señores, hay en ellas algo que dilata y fortalece el alma, algo que pone en contacto nuestros corazones, porque no solo envuelven una promesa de amor maternal, sino que son también un vínculo de fraternidad entre nosotros. *Quiero un templo*, dijo, *en que me mostraré Madre piadosa con los hijos de es-*

ta nacion y con quantos soliciten mi amparo en sus necesidades. Hé aquí unas palabras que resumen todas las emociones del alma, siempre repetidas como una gloria y que yo invoco como una autoridad.

Pensad todo lo que quiere decir el nombre de Madre, y tendreis en el corazon de ella la primera obra de la Providencia, el santuario de la caridad y el altar de donde sube al cielo la más ferviente oracion. Estudiad sus sentimientos, y descubriréis que la vigilancia y la ternura forman el doble manantial de sus beneficios. Examinad sus reflexiones, y encontraréis que el amor maternal hace remarkable, más que cualquiera otra cosa, la inteligencia de las mujeres: que su actividad ingeniosa facilita todos los auxilios para conservar la existencia de sus hijos: y que aunque al lado de la cuna de ellos brilla en su mayor esplendor, pero á proporcion que se aumenta la edad y se desarrolla la razon, les enseña con amabilidad su origen y su destino, y cada día, á cada hora y en cada instante les sirve de guia y les hace hermoso el camino de la piedad y de la virtud, el amor de Dios y el amor de sus hermanos. Madres cristianas que me escuchais: rendid homenaje á la religion, ¿no es ella la que os inspira y alienta, la que extiende y vivifica ese sentimiento que aventaja en fuerza, en poder y en duracion á todas las otras afecciones de vuestra alma?

Pues bien, señores, Maria llena de gracia, de caridad y de sabiduría, ha realizado de una manera más cumplida, más tierna y más sublime el atributo misericordioso de Madre nuestra; pues habiendo sido redimidos en la plenitud de los tiempos y alimentados ahora con la sangre de su divino Hijo, nos ve como una emanacion de sus entrañas; conoce todas nuestras miserias y cuanto necesitamos de su auxilio; nos favorece en la vida y en la muerte, y nos ama y ruega siempre por nosotros. Ella adoptó por hijos á todos los hombres, cuando presenciaba misterios de tristeza y de dolor al pié de la cruz; y ella tambien para enjugar las lágrimas de los mexicanos, en el

siglo XVI, vino personalmente del cielo á decirnos, con especialidad, que es nuestra tierna y amable Madre.

Resulta, pues, que Maria con su amor espiritual, misericordioso y fecundo, ha cooperado á que naciesen en la Iglesia nuevos hijos de Dios, y á que se propagase entre nosotros el Evangelio con rapidez muy marcada, pues á resultas de la aparicion se efectuó tan súbito y notable cambio en la situacion moral del pais, que no cabe negarse que hubo una influencia sobre humana y que desde entónces la sagrada Imágen se vió y ha pasado de generacion en generacion como el más dulce consuelo, como nuestro más rico patrimonio. ¿Y por qué nos hemos de admirar de este resultado, siendo ella Madre y muy querida de Aquel cuyas manos esparcen el rocío sobre la tierra y derraman la luz sobre el universo?

No hay duda, la historia y la tradicion presentan tan de bulto sus divinos favores, que apreciando debidamente los obstáculos que oponian la ignorancia y la barbarie, y calculando lo que habian podido hacer durante diez años los operarios evangélicos, se encuentra un abundante caudal de pruebas para conocer la eficaz proteccion de la Santísima Virgen. Entónces fueron más vivos en los conquistadores los recuerdos de aquella reina magnánima protectora de Colon y de los pobres indios y comenzó á revivir, en la conciencia de muchos de ellos, la caridad sofocada por la ambicion y los hábitos de la guerra. El clero, con mejor éxito, siguió colocando la cruz entre los vencedores y los vencidos. La corte de España, obsequiando la última voluntad de Isabel y oyendo atentamente los informes del venerable las Casas, dictó esas órdenes llenas de sabiduría, cuyo espíritu y letra descubren grande empeño para sustraer á la clase indígena de la servidumbre que pesaba sobre ella, desde el tiempo de los aztecas. Los antiguos pobladores, que habian estado divididos y encarnizados entre sí, enlazaron las familias, robustecieron los pueblos y formaron un cuerpo de nacion. Y en fin por todas estas circunstancias la

propagacion de la fe fué más fácil, y fué tambien más segura, porque la caridad encendia los corazones y la esperanza en tan buena Madre y hacia depositar en sus entrañas las lágrimas y los dolores de nuestros padres.

Mucho podria decirse sobre su divina influencia; pero el renombre de su maternal misericordia, como fuente de gracias y de milagros, es bastante universal y fundado, para que haya necesidad de citar minuciosamente los hechos ante un auditorio de mexicanos profundamente religiosos, y que bien los conocen por la historia, la tradicion y la experiencia. No quiero, sin embargo, pasar adelante sin indicar aunque sea lijeraente esa prueba de reconocimiento, ese acento dulce sin cesar renovado en todas partes que es como un himno continuo de adoracion y de alabanza á Maria: hablo de los templos innumerables que se han levantado en su honor; porque al multiplicarlos, se han multiplicado los empeños en obedecerla; aumentando los medios para extender y perpetuar el culto católico, se han confesado los beneficios recibidos, dándole testimonios de gratitud; y, sobre todo, se ha probado con esto que Maria Santísima de Guadalupe es la gloria de México y la delicia de los mexicanos.

Fuerza será añadir aqui tambien para honor de Guadalupe, y para patentizar su adhesion á la milagrosa Imágen, que el dia 30 de Julio de 1737 levantó una acta firmada por las autoridades eclesiásticas y civiles y por todo el vecindario, jurando reconocerla como particular patrona de la Nueva Galicia, y remitiendo despues ese documento á la capital, para satisfacer los deseos de los mexicanos y que se declarase lo mismo por toda la nacion. La ciudad dió de este modo un testimonio solemne de gratitud filial porque Ella ha sido siempre su misericordiosa Madre, y con ese juramento hizo de cada corazon un altar en que se debe rendir homenaje y consagrar el amor más puro á la Virgen de inagotable clemencia.

Pero, señores, si nuestros padres llevaron y sintieron dentro de sí mismos un afecto entrañable hácia Maria y

proclamaron en ese escrito el reconocimiento de su proteccion para toda la provincia, reconocimiento que quisieron dejar á la posteridad como su mejor herencia, tambien toda la diócesis fué despues especialmente encomendada á su amparo por aquel sábio Obispo que, durante muchos años consagrados al estudio y á la enseñanza en el silencio del claustro, habia reunido tesoros de saber que le sirvieron para brillar, con luces superiores y facultades eminentes, en el último concilio mexicano, en donde su persona estuvo rodeada de gloria y de honor y sus discursos fueron acogidos con admiracion. Este hombre fué un ser singular, áspero en su semblante, amable en su espíritu y dulce en sus acciones, porque el oro se encuentra en el centro de las rocas y las fuentes de aguas vivas brotan de las montañas. Sí, examinad bajo esa serriedad exterior, y encontraréis un prelado apostólico que miraba la caridad como su virtud predilecta, virtud llevada hasta la perfeccion; que fundó un hospital tan grande y benéfico como su corazon, y erigió este santuario tan firme y agradable á Dios como su fe. Sus restos venerables ahí están cerca de la Imágen que adoró en la tierra, así como su espíritu está cerca del original que alaba en el cielo. Su historia no es solamente la virtud solitaria del religioso y la inteligente administracion del Obispo, es la caridad del Evangelio personificada toda entera en un hombre durante 91 años; y si la vida se conoce mejor por lo que sobrevive, mientras dure Guadalupe será dulce y bendita la memoria del Illmo. Sr. D. Fray Antonio Alcalde. Perdónese esta digresion al que predica cerca de su sepulero y en la misma iglesia que fabricó para honrar á la Madre de los mexicanos, puesto que jalisciense soy y en mi corazon rebosa la gratitud.

Se necesitaria un libro para decir todo lo que Guadalupe debe á este santo Obispo; pero contrayéndome á mi asunto, quiero al menos que no olvideis el acto más solemne de su episcopado, el de más útil enseñanza para la posteridad y que más debemos agradecer: el de aquel

dia en que, concluido y dedicado este templo á Nuestra Señora de Guadalupe, dijo á todos los fieles con la mayor ternura: Venid, amados hijos míos, venid á dar gracias á la inmaculada Virgen, porque ha puesto en nosotros sus ojos de Madre; porque ha recibido este santuario que le hemos consagrado; y porque oirá compasiva los ruegos de las futuras generaciones. Os habeis reunido conmigo para rendirle homenajes, acompañadme tambien para hacer votos por la posteridad. Si vuestros hijos os preguntan cual fué el principal objeto de la ereccion de esta Iglesia, decidles que es un monumento eterno de fe, de confianza y de amor; que es un sublime refugio de paz y de concordia, un asilo en los peligros y una casa de oracion; que aquí hemos encomendado para siempre á Maria nuestra diócesis que nos es tan cara, nuestra persona y á nuestros sucesores, á vosotros y á vuestros descendientes; que deseamos que los presentes y los venideros estén unidos con los lazos de la religion y de la caridad; y que con toda nuestra alma pedimos á esta divina Señora, hoy que ha tomado posesion de Guadalupe, que los habitantes de ella le digan, en todos los siglos, llenos de entusiasmo: *Dominare nostri, tu et filius tuus*. Reinad, ¡oh Maria! vos y vuestro Santísimo Hijo sobre todos nosotros.

Por manera que, al construir y dedicar el Sr. Alcalde de este santuario á Nuestra Señora de Guadalupe, se asoció á nuestros deseos, á nuestros sacrificios, á nuestras oraciones, y su más ardiente empeño fué remediar nuestras necesidades y pedir al cielo que Jesucristo y la Santísima Virgen de Tepeyacac dominen sobre los pueblos y sobre los gobiernos, sobre los sacerdotes y sobre los fieles, sobre Jalisco y sobre la nacion.

¿Y cómo dominará Jesucristo sobre todos nosotros? dominando en nuestros corazones el amor de Dios y del prójimo, dominando la fe en las familias y la religion en la sociedad. Aclaremos un poco más este pensamiento.

“Un doctor de la ley preguntó á Jesus que cuál era el primero de todos los mandamientos, y El le respondió:

el primero de todos ellos es éste: Escucha Israel; el Señor tu Dios es el solo Dios y tú lo amarás con todo tu corazón, con toda tu alma, con todos tus pensamientos y con todas tus fuerzas. El segundo, que es semejante al primero, es este otro: Amarás á tu prójimo como á ti mismo.

“En estos dos preceptos consisten la ley y los profetas.” Y yo señores, estoy persuadido de que ellos son conformes á las tendencias humanas, los que pueden satisfacer plenamente nuestras necesidades individuales y los más eficaces para rectificar las costumbres privadas y públicas.

Efectivamente: desde que los hombres nacen tienen necesidades, sentimientos y relaciones que descubren el principio social establecido por la Providencia para formar de las naciones grandes pueblos de hermanos, desarrollando la armonía entre los niños que lloran y sus padres que los aman; equilibrando las facultades entre la juventud que desea saber y la edad proveceta que tiene placer en enseñar, distribuyendo los intereses entre el pobre que sufre y el rico que se complace; en fin, fecundando la idea de la patria y traduciéndola en hechos que disminuyen el mal y preparan el bien.

Mas como la union puramente física no bastaria para constituir una completa fraternidad entre los racionales, porque en ellos la vida es doble, es decir, no sólo es material, sino tambien moral, se hace necesario reconocer y conservar el principio católico establecido por Jesucristo, que tiene más energia que el primero en las ideas, en los hábitos y en las costumbres, pues es el nudo más estrecho de las almas y el mejor vínculo de los corazones. Ambos principios son muy distintos, aunque se tocan por muchos puntos. Del primero resulta la vida material, toda exterior y variada, del segundo la vida moral y unitaria que obra en secreto y hace cumplir las dos más grandes obligaciones: la adoracion á Dios y el amor del prójimo. Y cuenta que desempeñadas estas dos grandes obligaciones forman la prosperidad de un pueblo y que sin ellas todo declina y la imaginacion se apaga.

Las naciones que solo aspiran á los bienes materiales, tienen lujo, comercio, industria, ciencias mecánicas y una plenitud de vida aparente, capaz de deslumbrar á un filósofo sensualista; pero si un observador espiritual registra la historia, estudia las acciones, interroga las almas, y trata de saber donde está la vida real y positiva, descubre la conciencia muda y la esperanza deshecha en llanto, ve blancos sepulcros en todas partes y en ninguna Lázaros resucitados. El culto allí se llama libre, porque es según la voluntad individual de los hombres y no según la voluntad suprema de Dios, á quien se adora sujetándolo á las condiciones que quiera imponer á su Majestad el entendimiento más escaso y aun á las reservas que estipule la sociedad más indiferente en materia de religión.

Al contrario los países que, como México, quieren conservar el único manantial de vida inagotable y que tienen nobles tendencias hácia lo infinito, procuran que el catolicismo llene exclusivamente los espíritus, que corra en los Estados y circule en los individuos como la sangre en todas las partes del cuerpo; porque saben que Dios exige el justo reconocimiento de su infinita soberanía, de aquel su eterno derecho á que todo ser criado y redimido le sirva y le agradezca, en todo lugar y en todo tiempo, las gracias que le ha dispensado. Ni conviene que sea de otra manera, puesto que los individuos y los Estados necesitan de Dios, de él reciben el ser y la acción, los beneficios presentes y la felicidad en el porvenir, y á él deben por lo mismo el tributo de sus homenajes, la manifestación pública de su gratitud y el respeto á su voluntad. Hé aquí la conveniencia del culto social; hé aquí la utilidad de la sociedad religiosa; hé aquí, en suma, un hecho absoluto, y es la necesidad nacional de la Iglesia.

Para formar idea de la importancia de la religión católica, la única que simboliza verdaderamente la causa suprema por la que viven y progresan los individuos, las familias y los pueblos, basta reflexionar que para conseguir en ellos las mejoras morales, no son suficientes las

leyes civiles, que solo corrigen las faltas públicas, que no recompensan las buenas obras secretas, porque no pueden penetrar hasta el fondo del alma. Por esto es que todas legislaciones son prohibitivas y penales, ninguna remuneratoria, y con razón, porque su poder es solo externo, y porque un acto virtuoso ejecutado con ruido por lograr una recompensa humana perdería su mérito, puesto que la esencia de la virtud consiste en el desinterés y que las acciones modestas huyen de la publicidad. Luego si nuestra República ha de ser una sociedad de buenas costumbres privadas y públicas, es necesario que sea una sociedad de verdadera fe, y la sociedad de verdadera fe demanda un cuerpo docente y una autoridad soberana en la fe, única capaz de evitar la anarquía de las inteligencias, porque es el único cimiento divinamente establecido para que descansa el edificio de la Iglesia y para que sus luces en el universo moral tengan más unidad y brillantez que las que despide el sol en el mundo físico. Hé aquí el reino de Jesucristo, reino deseado para todos nosotros por el ilustre fundador de esta iglesia.

¿Cuál es el reinado de María, que fué también objeto de sus más ardientes votos? No es por cierto distinto del que acabo de indicar, es el mismo que le encomendó su Hijo inocentísimo agonizando en la cruz y diciéndole que fuera Madre de los que aprendiesen y practicasen su doctrina, *dixit discipulo*; es el mismo que enseñó á los mexicanos en el siglo XVI recomendándonos el culto católico y ofreciéndonos en el templo su piedad maternal; es el mismo que nos constituye á todos hermanos para confesar á nuestro Padre que está en los cielos y ocurrir á nuestra Madre de misericordia, cuya Imágen está entre nosotros para presentarle nuestros dolores y nuestras fervientes oraciones.

Pero, señores, si debemos ver á Jesús como á nuestro Padre y á María como á nuestra Madre, supuesto que en el Calvario y en Tepeyacac hemos obtenido esas gracias, el primer deber de los mexicanos es la fraternidad; pero

la fraternidad definida en la parábola de Cristo: lo que queréis que os hagan los otros, haceldlo vosotros con ellos. Y esta fraternidad es la obligacion de no sacrificar al interés propio los intereses generales, de no violar los derechos de nuestros semejantes, de apaciguar en el alma los odios y las enemistades, de socorrer á los pobres y consolar á los que sufren, fortificándose los unos á los otros y estableciéndose así una gran familia de hermanos.

Por esto es que Dios ha dado á los hombres diversos talentos, distintas habilidades, más ó menos instruccion y desiguales elementos de felicidad, á fin de que se auxiliaran mutuamente como miembros de un mismo cuerpo, y que la union, bajo el aspecto social y religioso, quedase cimentada en las necesidades recíprocas. "Porque así como en un sólo cuerpo, dice San Pablo, conservamos muchos miembros, que tienen diverso oficio, así nosotros, aunque seamos muchos, formamos en Cristo un sólo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros." "Ni puede decir el ojo á la mano: no he menester tu ayuda; ni la cabeza á los piés: no me sois necesarios. Antes bien, aquellos miembros que parecen más débiles, son de los que tenemos más necesidad."

Jesucristo estableciendo su Iglesia enlazó tambien de esa manera á los fieles, formando de ellos un cuerpo místico, dándoles para su enseñanza Apóstoles y Pastores y para su direccion y unidad una palabra soberana y una cabeza suprema sobre la que reposa el Espíritu Santo.

Tales, tambien, fueron los fundamentos que sirvieron hace más de tres siglos para formar la Iglesia mexicana, fundamentos que vino á señalar por medio del templo aquella Mujer sola entre todos los redimidos que fué concebida sin mancha; que proclamó la fraternidad entre nosotros, ofreciéndonos su amor de Madre; y que ha favorecido siempre á nuestro sacerdocio para que la practique con los mexicanos, ora atendiendo á las necesidades del espíritu y ya tambien procurando socorrer las necesidades del cuerpo.

Yo estoy convencido, señores, de que si á primera vista parece que la religion solo se ocupa de la felicidad eterna, estudiando atentamente sus resultados, nos persuadirémos que tiene tambien por objeto la felicidad de esta vida con el precepto de la fraternidad; porque como dice el Apóstol: á ella están prometidos los bienes de la vida presente y de la vida futura. Y en efecto, ¿quién no lee con tierna emocion, en la historia de nuestro país, que los sacerdotes católicos se hicieron albañiles, carpinteros, tejedores de lana y cultivadores, trabajando por tales medios para dar á los indígenas el conocimiento y hasta cierto punto el gusto de las artes útiles? ¿Quién ignora que por sus esfuerzos se fundaron escuelas de primeras letras y establecimientos de instruccion secundaria y profesional? ¿Quién duda que á ellos tambien se deben las casas de caridad, ya para los enfermos menesterosos y ya para los huérfanos desvalidos? ¿Y qué mexicano, en fin, que tenga gratitud, no podrá señalar un sacerdote como maestro, como protector, ó al menos como prudente y leal amigo?

Se hablará acaso de algunos corazones aislados que no se compadecen de las miserias ajenas, pero esto no debe hacer olvidar que la generalidad de nuestros sacerdotes ha desarrollado siempre sentimientos fraternales, mostrándose así como ministros de Cristo y verdaderos hijos de Maria. Este es tambien, señores, el reinado porque suspiraba en ese altar el Pontífice predestinado que dijo á la Virgen Guadaluana: *Domínare nostri, tu et Filii tui*. Domina, Señora, tú y tu divino Hijo sobre todos nosotros.

Un sencillo resumen me permitiréis hacer antes de concluir, que servirá para marcar más el asunto que nos ha ocupado.

Somos, señores, criaturas pasajeras en este mundo, formadas con un soplo inmortal por Dios y para Dios, quien nos ha dado un espíritu que lo debe conocer, un corazón que lo debe amar y tambien la gracia de la redencion que

ha renovado nuestro sér, ilustrándolo con la verdad divina y alentándolo visiblemente en el seno de la Iglesia con el culto, que es la expresion de sus misterios, de sus dogmas, de sus promesas y de sus preceptos: y con los santos sacramentos que están tan en armonía con nuestra doble naturaleza, espiritual y corporal. Sí, mirad en la historia al hombre, bajo este doble aspecto, y hallaréis el constante esfuerzo del género humano para contar con el pasado, descubrir en él las leyes de la Providencia, las lecciones para el presente y las esperanzas para el porvenir: ¿qué digo? Hasta el mejor camino que conduce á la felicidad eterna y que se logra indefectiblemente por medio de la fe y de la caridad. El simbolo de los Apóstoles es la fórmula de nuestra creencia y reposa sobre la Iglesia católica. Repetidla frecuentemente para adorar á Dios. La oracion dominical es el dulce acento de nuestro amor y tiene su origen en el Corazon de Jesus. Rezadla todos los dias, seguros de alcanzar mercedes para vosotros y para vuestros hermanos, agregando siempre la salutación angélica que expresa con ternura toda nuestra esperanza y reconoce por áncora firmísima á la Virgen pura y misericordiosa, Madre de Dios y Madre de los hombres.

¡Oh Maria! alabanza y honor á tí, á tí que, con tu aparición maravillosa, tus divinas palabras y tu imágen santa, hiciste que *el templo de Dios se abriese* para nosotros *en el cielo*, es decir, que brillase en México la luz de la Iglesia. Alabanza y honor á tí, que *apareciste* entre nosotros cual *Arca de la Alianza*, en cuyo centro viviremos como hermanos y sentiremos pasar por debajo sin que puedan hundirnos, las aguas y los vientos tempestuosos. Alabanza y honor á tí, ¡oh Señora! Nosotros confesamos tus favores singulares, te damos humildes gracias por ellos, y te pedimos que sigas protegiendo nuestra fe y alentando nuestra caridad.

SERMON DE ACCION DE GRACIAS

A LA PIADOSISIMA MADRE DE LOS MEXICANOS

MARÍA SANTÍSIMA DE GUADALUPE

PREDICADO EN SU SANTUARIO

POR EL

SR. PREBENDADO DR. D. J. M. CAYETANO OROZCO

El día 12 de Abril de 1853, en la funcion solemne que el Illmo. Sr. Obispo y V. Sr. Dean y Cabildo de la diócesis de Guadalajara, hicieron con exposicion del Santísimo Sacramento, por haber alcanzado la paz de la Iglesia mexicana.

Gaudete et laudate simul, deserta Jerusalem, quia consolatus est Dominus populum suum.

Alegraos y cantad á uno, desiertos de Jerusalem, porque el Señor ha dignándose consolar á su pueblo.

Is., LII, 9.

El brazo del Señor se ha levantado vestido de su fortaleza, se ha levantado como en los dias antiguos, en los tiempos en que la nacion mexicana recibió beneficios crecidos de divina proteccion. ¿Por ventura no ha sido el Señor quien secó la mar, el agua del impetuoso abismo, abriendo camino en lo profundo de él para que pasasen sus libertados?

Mas ahora los redimidos por el brazo fuerte de Dios,